

DE LA RELIGIOSIDAD AFROAMERICANA

Johman E. Carvajal Godoy

RESUMEN. *En algunas regiones del Nuevo Mundo existen prácticas religiosas que valen la pena ser analizadas. Se trata de lo que se conoce genéricamente como Santería o Vudú. Su particularidad radica en la mezcla o sincretismo, entre religiones traídas a América por los esclavos africanos entre los siglos XVI y XVII, el cristianismo en sus diversas formas y las religiones precolombinas en menor grado. ¿El resultado? Un impresionante mundo religioso olvidado y rechazado como mera superstición, brujería o magia.*

ABSTRACT: *In some regions of the New World, there are certain religious practices which are worth be analyzed. We are talking about what is generally known as Saintery or Voodoo. Its particularity lies upon the mixture or syncretism, among religions that were brought to America by African slaves between the sixteenth and the nineteenth centuries, Christianity in its different manifestations and the pre-Columbian religions in a minor degree. ¿What about the result? An impressive religious world which has been forgotten and turned over as a mere superstition, witchery or magic.*

Uno de los fenómenos religiosos contemporáneos más interesantes en América es aquel que se conoce con el nombre genérico de religiones afroamericanas. Dicho fenómeno fue posible en distintas regiones americanas por circunstancias históricas precisas que vale la pena señalar. Creo que al hablar de algún tipo de influencia cultural africana en el Nuevo Mundo no se puede desligar del tráfico de esclavos africanos dado en los siglos XVI, XVII, XVIII y gran parte del XIX. En efecto, la trata negrera es un resquicio histórico inevitable cuando se habla de la conformación de las religiones afroamericanas o de su actual práctica en aquellos lugares en que alguna vez hubo esclavos negros o donde en estos días se realizan esos rituales y a la vez manejan toda una forma de vida de algunas comunidades. La pretensión de los primeros españoles que pisaron las islas y la tierra firme de las Indias Occidentales, fue esclavizar a sus habitantes. El mismo Colón el 16 de diciembre de 1492 estando en la isla La Española escribe acerca de los nativos que encuentra en las islas del norte del Caribe en los alrededores de La Florida en América del Norte: “Son la mejor gente del mundo y más mansa; y sobre todo tengo mucha esperanza en Nuestro Señor que Vuestras Altezas los harán todos cristianos y serán todos suyos que por suyos los tengo. Ellos no tienen armas y son todos desnudos... y muy cobardes... y así son buenos para lez mandar y lez hacer trabajar, sembrar y hazer todo lo otro que fuera menester y que hagan villas y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres.” Colón no está precisamente predicando la esclavitud de los indios, pero, ¿qué cruzaría por la mente de los reyes y de algunos otros ambiciosos europeos que hayan leído estas líneas o se hayan enterado por rumores? Pensarían lo mismo que el cándido Almirante? Una nueva tierra

rica en oro y comida con ilusos habitantes a los cuales se puede hacer trabajar?

En pocos años el exterminio de los indios fue casi total en los inicios del siglo XVI por las guerras con los europeos, el mal trato, las pestes traídas en las carabelas, los abusos y una incipiente esclavitud. Sin embargo, los indios se salvaron de una servidumbre indefinida; por esta misma época se volvió, aparentemente, imposible traficar y vender a los indios porque eran súbditos del rey, sus hijos en el Nuevo Mundo; además, muchos sacerdotes cristianos, entre ellos el más importante, Fray Bartolomé de las Casas, entablaron una titánica lucha contra los poderes civiles para abolir la esclavitud de los indios en América. Así que se hizo necesario traficar con otro tipo de esclavos.

En los comienzos del siglo XVI se empiezan a traer esclavos negros africanos a las Indias Occidentales. Pero... ¿por qué los negros y no otros si tradicionalmente los negros no habían sido esclavizados en masa y en los mercados europeos no era muy común ver esclavos negros africanos? Aquellos que piensan y afirman que a América se trajeron esclavos negros porque se abolió la esclavitud de los indígenas o porque simplemente se estaban acabando por diversas causas cuyos culpables directa o indirectamente eran los europeos, equivocan el camino. Es cierto que un edicto Real abole la esclavitud de los indios, pero es cierto también que los colonos españoles se inventan una figura, las Encomiendas, donde supuestamente se iba a proteger a los indios tanto material como espiritualmente; supuestamente porque la esclavitud sigue existiendo bajo la figura jurídica de la Encomienda donde el español continúa siendo el amo y el indio el esclavo. También es cierto que la mortalidad de los indígenas es impresionante, pero aun así, si tal mortalidad

no hubiese existido los indios tampoco habrían suplido la mano de obra suficiente que necesitaban los españoles y los demás europeos en las minas o las plantaciones: América es un continente enorme, gigantesco para explotarlo económicamente, con unas dimensiones tales que, comparativamente, es más grande que Europa unas seis o siete veces. Así que hacía falta mano de obra. ¿De dónde sacarla? Los españoles pensaron en esclavos árabes y judíos. Los ingleses en esclavos irlandeses, galeses y escoceses. Los primeros apoyándose en cuestiones de tipo religioso piensan que llevar esclavos árabes y judíos a las Indias Occidentales es contribuir a la propagación del islamismo y el judaísmo en un territorio extenso y virgen espiritualmente hablando, porque éstos predicarían su religión en el Nuevo Mundo a los nativos americanos. Los segundos, en efecto, llevan esclavos de las islas británicas del norte, como señala Germán Arciniégas, pero una cosa es vivir y trabajar en las frías regiones del Mar del Norte y otra trabajar en las plantaciones del valle del Misisipí bajo condiciones climáticas infernales: la mortalidad es inmediata y fulminante. Así que... ¿de dónde sacar la mano de obra necesaria?

La esclavitud es tan antigua como el hombre. La sed de dominación, de ejercer poder sobre otros hombres de una misma raza o de una distinta, implica el ejercicio de ella desde siempre. Si damos una breve mirada al Antiguo Testamento, específicamente al Éxodo, veremos que en tiempos del Patriarca Moisés el pueblo de Israel fue esclavizado por los egipcios. Los persas y los griegos practicaron la esclavitud varios siglos antes de Cristo. Los romanos antes y durante los primeros años de la Era Cristiana también lo hacían. Los caribes hacían trabajar a sus vecinos de las islas del norte, los taínos. Mayas, aztecas, incas y muiscas esclavizaban a sus pueblos tributarios. Los reyes y reyezuelos del centro y sur del África subyugaron a pueblos débiles. Los árabes comerciaron con negros hacia la Edad Media. Así, todo pueblo o civilización, todo aquel que tuviera un poco de poder que detentar, esclavizó a su vecino. En su *América en Europa*, Germán Arciniégas escribe: “Se daban con frecuencia esclavos blancos a iglesias y

monasterios... los árabes hacían esclavos de sus prisioneros cristianos y los cristianos de musulmanes y sarracenos... En este mercado internacional, los negros brillaban por su ausencia. Venecianos y genoveses... compraban a los turcos esclavos sirios, servios, búlgaros o armenios para revenderlos en todos los puertos. En mercados cerrados se exhibían las piezas: hermosas mujeres para concubinas, eunucos para servicio de vigilancia, varones para trabajos del campo y quehaceres domésticos”. Ahora bien, un continente virgen que va a ser explotado económicamente en la agricultura, la ganadería y la minería requiere de múltiple mano de obra. Como se ha dicho, al principio los europeos trataron de esclavizar a los nativos del Nuevo Mundo y éstos no estaban hechos precisamente para el trabajo forzado y los abusos cada vez mayores. La mano de obra se hizo escasa y difícil. A estas circunstancias mencionadas se suma la expansión de los portugueses en África algunos años antes del 12 de octubre de 1492. De pronto los portugueses en su intento de rodear el continente africano para encontrar una nueva ruta hacia oriente, tienen ante sí, al sur del Sahara, una extensa cantidad de tierras ricas en minas, fauna, agricultura y... hombres, posibles esclavos, que bien podrían ser una despesa que llenaría las vacías arcas de soberanos, marinos y bandidos portugueses. Y en nombre de la Corona se apoderaron de la costa occidental del África y de los valles del Congo y el Níger, reclamando ante el mundo conocido una tierra que no era de nadie -léase de ningún europeo-: ejemplo que no pocos tardarán en seguir. Un tal Don Enrique el Navegante, comerciante portugués, comenzó la corriente comercial negrera cincuenta años antes del descubrimiento de América. Ese comercio fue establecido con Europa donde se introdujo gran cantidad de esclavos negros para trabajos domésticos o trabajos forzados.

Por todas estas razones el hombre africano del sur del Sahara es esclavizado y comerciado. Para los españoles eran bestias que no tenían religión, así que no podrían predicar una religión distinta del cristianismo -tremendo error de perspectiva porque para los españoles tener religión significaba pertenecer al cristianismo, al islamismo o al judaísmo-

mo y los negros no profesaban ninguna de las tres, pero éstos tenían prácticas religiosas milenarias desde el primitivo animismo de algunas sociedades tribales hasta la elaborada religión Yoruba con su rica mitología y jerarquización ritual sólo comparable a las religiones griega, egipcia o azteca. Así que sí tenían religión. Sistema religioso que fue introducido a América por los esclavos negros traídos por los europeos. Además llenaban un requisito de primer orden fuera de “no tener religión”: en África, aquellos que se convertirían luego en esclavos, eran mineros, agricultores, ganaderos, en otras palabras, expertos en los oficios en los cuales se necesitaba numerosa mano de obra en el Nuevo Mundo.

En menos de un siglo el comercio que empezaba con marinos cazadores, cazadores de hombres negros, reyes que vendían a sus súbditos, reyes que subastaban a sus prisioneros de guerra, árabes que devoraban el Sahara o los bosques tropicales para estar en el negocio, comerciantes negros, portugueses o ingleses que montaban la cadena de factorías o bodegas de hombres en las costas africanas del Atlántico, en fin, aquello que comenzaba con minúsculos personajes de cualquier raza por unas monedas de oro, terminaba en el puerto de Cartagena de Indias o de cualquier otro puerto en el más salvaje tráfico de humanos que conozca la historia de la civilización, para ser subastados según su condición y ser distribuidos en las mil y una plantaciones o minas de tierra firme o a lo largo y ancho de las islas del Caribe.

Así pues, después de la abolición de la esclavitud en América a mediados del siglo XIX -por supuesto, en años distintos en cada una de las regiones americanas-, el hombre negro mostró su capacidad imaginativa no teniendo ya las restricciones culturales, políticas y religiosas impuestas por sus amos. Durante tres siglos y medio las manifestaciones culturales de los esclavos negros sobrevivieron subterráneamente, en las noches, a escondidas, celebrando a sus dioses con el tambor, la danza, los cánticos que recordaban su miseria y sus ancestros, ayudados por el alcohol robado a sus amos. Los europeos siempre persiguieron estas reuniones de negros esclavos y fugitivos que se hacían en las

noches a la luz de la Luna o la luz de las antorchas. Allí cantaban las canciones enseñadas alguna vez por sus abuelos en el tiempo primordial, allí los más ancianos enseñaban a los jóvenes la palabra de los dioses y la tradición, allí se cantaba y se bailaba al compás del tambor para que los dioses recordaran a esa raza castigada, allí los reyes, sacerdotes y cortesanos volvían a vestir sus prendas reales impartiendo leyes y mandatos que se debían cumplir. Sí, esas ceremonias fueron perseguidas implacablemente porque en ellas se mantenía viva toda una tradición que los europeos trataban de eliminar, además se pensaba que en esas fiestas, cultos o rituales, los negros esclavos conspiraban contra sus amos -lo cual fue así: en la época de la esclavitud, más precisamente hacia el siglo XVIII, se conocían canciones en francés cantadas por negros en sus reuniones secretas, donde en sus letras los negros brindaban por la cabeza de los blancos. A esas ceremonias los europeos las denominaron incorrectamente magia negra, misas negras o brujería -hay que aclarar que dichas denominaciones pertenecen exclusivamente al ámbito europeo-, sin embargo, esos ritos hacían alusión generalmente a prácticas religiosas africanas, siendo una de ellas la religión Oricha o Vudú, que descubrían en el fondo un mundo mágico, extraordinario, con una mitología misteriosa que conectaba al hombre negro con la naturaleza. De manera sospechosa e intencional se llamó Vudú a cualquier tipo de culto dañino y violento ejecutado por los negros. Todo ello porque en el instante en que los esclavos negros no permitían que desapareciera su tradición religiosa, en ese momento sus cultos, ceremonias, rezos y cantos a los dioses se convirtieron en un mundo subterráneo por aquello de que había que practicarlo a escondidas, en la oscuridad y en lugares imposibles. Muchos europeos temblaron ante el poder mágico de aquellos negros: los franceses, por ejemplo, sentían verdadero pánico frente al rumor de la presencia próxima de un culto de esclavos. Sobre esto escribe V. S. Naipaul: “El batir de los tambores, los bailes, las cabriolas en medio del silencio de la noche, eran en extremo molestos”. Sobre lo que allí ocurría, continúa Naipaul: “Lo que el colono desconocía es que ese carretero, un negro aparentemente estúpido, se convertía en la noche en un rey, con doce cortesa-

nos y un uniforme propio: una chaqueta negra con un cuello escarlata, una cinta verde a través del hombro y un sombrero con una cocarda negra”.

En esos cultos de esclavos se contaba una y otra vez, en medio del bullicio provocado por los tambores y los cantos, la rica mitología traída en los barcos negreros. Mitología de la que mucho se ha perdido porque era transmitida oralmente y se ha modificado, además de los elementos introducidos por componentes de otras religiones. De todas maneras, una de esas múltiples mitologías se ha conservado en algunas regiones americanas -especialmente en el Caribe- manteniendo vivos algunos aspectos que han perdurado junto a las prácticas religiosas cristianas e indígenas, esto es, la mitología Yoruba.

Ahora bien, aunque a América llegaron gran diversidad de culturas y por lo tanto gran diversidad de religiones, resaltan sobre las demás, las culturas asentadas en los valles del Níger y del Congo desde miles de años antes de las invasiones del siglo XV: la cultura Yoruba y la cultura Bantú. Los Yoruba habitaban en el territorio que es hoy Nigeria y eran principalmente mineros. Los Bantú vivían en el Congo y Angola y eran básicamente agricultores. Los elementos religiosos de estos últimos casi se han perdido en su totalidad, en cambio, como mencionamos más arriba, los elementos Yoruba aún se conservan. Miremos su mitología tal como todavía se cuenta en el Caribe:

Al principio de los tiempos fueron separados Orún y Aiye. Orún el mundo metafísico donde habitan los dioses orichas. Aiye el mundo físico del hombre. Algún día, en el fin de los tiempos, Orún y Aiye se unirán y formarán el infinito real en que dioses y hombres convivirán por siempre. Odumare (Dijina-Dika-Tampe) supremo dios omnipotente siempre existió. Se aburrió de estar solo en el universo. Creó Orún para que vivieran los dioses y Aiye para que vivieran los hombres. En Orún hizo la morada de los Ancestros o Bazimus. Luego creó a Obatalá el primer hombre mortal, a Odudúa la primera mujer mortal y a Omo-Oba el primer hombre inmortal. Omo-Oba pecó de soberbia y su padre lo castigó con rayos y centellas para

matarlo. Omo-Oba huyó y se escondió en el centro de la Tierra; todavía sus suspiros producen las erupciones de los volcanes; algunas veces sale a predicar entre los hombres desobediencia a Odumare y los orichas. Obatalá y Odudúa se casaron y tuvieron por hijos a Aganyú y Yemayá. Aganyú y Yemayá se casaron y de su unión sólo nació Orungán. Cuando murió Aganyú y Orungán fue hombre violó y fecundó a su madre Yemayá. Yemayá estuvo muerta siete días y de sus huesos nacieron Obafulom e Iyáa, procreadores de todo el género humano. Yemayá resucitó después de siete días y dio a luz a catorce hijos. Yemayá se convirtió en diosa de las aguas. Yemayá se convirtió en madre de todos los dioses y madre de todos los hombres. Sus catorce hijos se repartieron el universo y se llamaron orichas o vudús. Aye-Shaluga es el oricha de la fortuna y se le representa como una concha de mar. Babalú-Ayé es el oricha que produce y cura las enfermedades, es un anciano leproso acompañado de dos perros. Changó es el oricha de la guerra, la fecundidad, la danza, dueño de los tambores, símbolo del rayo y del tambor rojo, protector de rayos, centellas y tormentas. Chankpala es un oricha terrible, causa las enfermedades producidas por picaduras de insectos. Dada es el oricha de la siembra. Oba es la diosa del río Oba, hermana y esposa de Changó. Ochosí es el protector de los cazadores y los animales salvajes. Ochú es la diosa Luna. Orún es el dios Sol. Oke es el oricha de las montañas y protector de quienes habitan en sus cimas. Olokún es el dios de las profundidades marinas y está rodeado de hombres, peces y sirenas con quienes copula, su madre lo parió hermafrodita. Olosa es la diosa protectora de los pescadores, su mensajero es el cocodrilo y es concubina de su hermano Changó. Oshún es la diosa del amor y del oro y es también concubina de su hermano Changó. Oya es la diosa de la justicia y fortalece la memoria, tiene nueve cabezas y en su mano derecha porta una llama de donde Changó alimenta su fuego, su mensajero es Alefi el viento y es amante de su hermano Changó. Odumare creó otros orichas para que también se repartieran el universo. Chiyidi el oricha de las pesadillas. Elegúa El Poderoso, el intermediario entre los vivos y los muertos y mensajero de los orichas. Ifá-fa el oricha del destino que está

grabado en sus tablas sagradas, donde están escritos los destinos pasados, presentes y futuros de los hombres, los dioses y el universo, tiene dieciséis ojos cerrados que sólo puede abrir Elegúa El Poderoso. Kongorioco es el oricha de las cosas ocultas y tiene el don de la adivinación. Ogún es el dios del hierro y del fuego. Orúnla es el poseedor de las tablas de Ifá-fa. Osachín es el oricha de los curanderos y su símbolo es un halcón posado en una rama, y Oyé que es un gigante que sopla los vientos es el dios de las tormentas...

Ahora bien, los esclavos africanos llevaron sus dioses y sus tradiciones religiosas a los lugares que fueron. Pero tres siglos de esclavitud y dos siglos de convivencia con otras dos razas y diversas culturas, hicieron que las religiones africanas no permanecieran iguales. Los dioses africanos se sincretizaron con dioses indígenas, con el Dios cristiano, Jesucristo, el Espíritu Santo y los santos y las santas católicos. Este fenómeno puede ser identificado en aquellos sitios en el que hayan comunidades negras, aunque es más evidente en Haití, Cuba y Brasil.

En efecto, en Haití, Cuba, Brasil y otras regiones de América adorar dioses africanos con nombres y atributos cristianos o, lo que es lo mismo, santos cristianos con nombres y atributos africanos, recibe el nombre de **santería** (sin embargo, hay que tener en cuenta que el sincretismo o mezcla de aspectos religiosos en América no sólo se da entre las religiones africanas y el cristianismo sino también con las religiones precolombinas). La santería, es pues, un culto religioso que a pesar de mantener elementos religiosos precolombinos en menor escala, mantiene fuertes componentes africanos y cristianos. Sus raíces fueron ritos perseguidos inicialmente por los europeos y poco después por los gobiernos establecidos a partir de cada una de las independencias de los estados americanos del yugo europeo. Hoy permanecen y son practicados por muchas sociedades americanas en lugares olvidados o en grandes metrópolis como Nueva York, Nueva Orleans, Ciudad de México, La Habana, San Juan de Puerto Rico, Santo Domingo, Puerto Príncipe, Kingston, Cartagena, Rio de Janeiro o Cara-

cas. Sus practicantes no son únicamente negros sino también hombres de todas las razas que se han visto llamados hacia lo que ellos denominan un culto maravillosamente rico en elementos mágicos. De todas maneras es un ritual que los gobiernos, los cristianos, los judíos, los musulmanes y algunas religiones orientales ven con mucha desconfianza, pues observan en ella actos de barbarie, arcaicos y bastante violentos, como para poder equipararse con una religión. Sin embargo, es practicada como tal y sus seguidores así la consideran. Algunas veces la santería ha sido señalada como magia negra pues en algunas de sus variantes (el vudú haitiano, el palo mayombe cubano o el umbandismo brasileño) su práctica conlleva cantos donde se invocan santos, sacrificio de animales como cabras, chivos o gallos cuya sangre debe ser consumida por los asistentes, los dioses invocados y los muertos. El elemento impresionista es fundamental. Sin embargo, es un error de perspectiva considerar toda la santería como magia negra pues la mayoría de sus variaciones hablan más bien de santos que ayudan, protegen y acompañan cada momento de la vida del creyente alejando el mal y todas sus posibles formas.

El sacerdote que se encarga del ritual se llama BABALAO en Cuba y Puerto Rico, PAPALOA o BOKOR en Haití y BABALORIXA (si es hombre) o YALORIXA (si es mujer) en Brasil: conoce todos los secretos de la santería, tiene poderes sobrehumanos, es el intermediario entre los dioses, los vivos y los muertos, y su sabiduría es transmitida por tradición oral; una tradición de maestros a aprendices, de ancianos a jóvenes, que trata de sostener costumbres que tienden al olvido desde que los primeros africanos empezaron a ser comercializados por los marinos portugueses.

Ahora bien, la tradición oral nunca puede mantener la fidelidad que puede tener una tradición escrita. Tradición oral significa cambio, y por ende, las apariciones y desapariciones de elementos en ciertas costumbres religiosas. Por ejemplo, Zapata Olivella sostiene que los descendientes de la cultura Bantú, habitantes del cono sur africano, muy rebeldes bajo la esclavitud, perdieron sus dioses pero conservaron sus instrumentos rituales. Así, mien-

tras un hombre normal asiste a una festividad religiosa cristiana, el descendiente Bantú baila cumbias usando tambores congos, que son aquellos utilizados por la candanga de Santa Fe de Antioquia, en el mapalé, en el bullerengue, el baile de negro, el porro, el tamborito chocoano, la tuna de los negros de Uré y las orquestas de música caribeña. En la región del Pacífico colombiano se usan conunos o tambores congos tapados con madera en la parte inferior: son usados en los bailes profanos o currulaos y en los cantos fúnebres infantiles con los cuales se celebra la novena del Niño Jesús del 16 al 24 de diciembre, llamados Arrullos, que en diciembre de 1990 tuve la oportunidad de oír en El Valle, un caserío del Chocó, a una hora de Bahía Solano, Colombia. Estas comunidades olvidaron los dioses africanos pero no los elementos con los cuales ellos eran celebrados.

Al contrario de la cultura Bantú, la cultura Yoruba, habitantes de las tierras del sur del Sahara, se caracterizaron por el gran desarrollo de sus concepciones y cultos religiosos. Los Yorubas son los exponentes del panteón oricha, cuyo principal mito se mencionó más arriba: Odumare, Yemayá, Changó, Babalú-Ayé, etc. Los descendientes Yorubas en América trataron por todos los medios de no olvidar a sus dioses. ¿El resultado? El préstamo e intercambio con otras religiones ya sea indígenas o europeas. Fue precisamente el alto refinamiento de la religión Yoruba -religión práctica dedicada al mundo terreno relacionada con los antepasados (los muertos) y los dioses del más allá, según Zapata Olivella- lo que permitió que ella no desapareciera como tal. La consecuencia fue el necesario y directo sincretismo con el cristianismo -en tres de sus formas: catolicismo, protestantismo y anglicanismo- y con las religiones indígenas en menor grado, lo que implicó fenómenos como los candomblés nagos de Bahía en el Brasil, el culto a Changó en Pernambuco estado del Brasil y en la isla de Trinidad en el Caribe, además de la santería en Cuba, en el mismo Brasil y en gran cantidad de islas antillanas.

Voy a mencionar algunas vinculaciones entre las divinidades cristianas, dioses africanos y deidades indígenas en ciertas regiones americanas:

1. En Cuba:

- 1.1. El Dios Supremo Cristiano y Odumare el supremo dios yoruba.
- 1.2. Jesucristo y Elegúa el Poderoso oricha intermediario entre los vivos y los muertos.
- 1.3. San Pedro y Ogún el dios del hierro y el fuego.
- 1.4. La Virgen de la Regla patrona de los marinos y Yemayá diosa de las aguas.
- 1.5. La Virgen de la Misericordia y Oshún la diosa del amor.
- 1.6. Santa Bárbara y Changó señor de la guerra, la fecundidad, señor de los rayos, las centellas y las tormentas.
- 1.7. San Lázaro y Babalú-Ayé anciano leproso que produce y cura las enfermedades.

2. En Haití:

- 2.1. La Virgen María y Er Zulie la diosa del amor.
- 2.2. El Dios Supremo cristiano y Mawu un dios equivalente a Odumare conocido como el Bon Dieu (el Buen Dios).
- 2.3. San Pedro y Ogún conocido como Papá Ogou o Papá Legba.
- 2.4. Las Ánimas y los Mu-Ntu o los muertos con poderes sobrenaturales.

3. En Jamaica:

Según Carlo Liberio del Zoti, la religión negra jamaicana conocida como fanti-ashanti o también myalismo “desde los primeros tiempos de la explotación colonial, como en las Guayanas, se desarrolla alrededor de los kromanti” o espíritus de los muertos. “Legba conserva el nombre ashanti de Sasabonsan. En las sesiones de trance, los kromanti y los winti hablan por boca de los mediums. Hacia el final de la primera mitad del siglo XIX, por influencia de las sectas

protestantes norteamericanas del Espíritu Santo que interpretan la Sagrada Escritura y las profecías en clave de Pentecostés, el myalismo asumió una fachada acorde con tal versión del Cristianismo. (...) Sin embargo, siguen las ceremonias de posesión donde ahora junto con los kromanti y los winti, bajan también ángeles, arcángeles, profetas y apóstoles. (...) Desde luego, en los lugares del culto protestante propiamente dicho no acostumbran poseer a los fieles los kromanti y los jumbus (nuevo nombre que sustituye al de winti), sino exclusivamente el Espíritu Santo, los coros celestiales y los apóstoles, pero en los lugares de reunión de la secta Obeath, donde de noche acuden las mismas personas que frecuentan las iglesias, no hay discriminaciones espirituales. (...) En nuestro siglo, el sincretismo de las distintas sectas protestantes desemboca en el Bongo (en inglés Convince Cult), en el que los kromanti y los jumbus siguen poseyendo a los médiums. (...) Frente a la masiva pujanza del Bongo, bien manifiesta después de haber obtenido Jamaica la independencia, hay que registrar la repentina decadencia de las varias Iglesias protestantes y de la importancia, en el mismo contexto del Bongo, de las entidades espirituales localizables en las Sagradas Escrituras.”

4. En Brasil:

- 4.1. Obatalá es Jesucristo. Príncipe de la Corte Celestial y de todos los espíritus. La imagen preferida para darle culto es la del Cristo de la Buena Muerte. Su símbolo es un cayado con cruces grabadas o una cruz rematada por aros en las cuatro extremidades.
- 4.2. Changó dios de los relámpagos, de las cascadas y los meteoritos, en Río de Janeiro, es San Jerónimo; en Río do Sul, San Miguel Arcángel; en Bahía, Santa Bárbara (como en Cuba); en Recife, San Antonio; en Alagoas, San Juan Bautista. Su día es el miércoles.
- 4.3. Ogún dios de la guerra (nótese que en Cuba y Haití era el dios del fuego y del

hierro) es San Jorge en Río Grande do Sul, San Antonio en Bahía, San Pablo o San Juan en Recife, San Roque en Alagoas y otra vez San Jorge en Río de Janeiro. Su día es el martes (recuérdese que en la antigua Roma, Marte, el dios de la guerra, es la deidad que da el nombre a nuestro día martes).

- 4.4. Ochosí el dios de la caza, rey y soberano de la selva, es San Benito en la mayor parte del territorio brasileño donde se practica la santería; en Recife y Alagoas es San Sebastián; y en Bahía y otra vez en Recife es San Jorge. Su día es el jueves.
- 4.5. Babalú-Ayé llamado también Omulu, es el dios de la peste, de la viruela y de todas las enfermedades, en Río de Janeiro es San Lázaro como en Cuba; en Río Grande do Sul, el Cristo de la Buena Muerte; en Bahía, San Benito; y en Recife y Alagoas, San Sebastián. Su día es el lunes.
- 4.6. Yemayá diosa de las aguas es siempre la Virgen María, como Er Zulie en Haití, bajo cualquiera de sus advocaciones. Su día es el sábado.
- 4.7. Yansan dios del viento, de las tempestades y de la venganza, es Santa Bárbara (recuérdese que en otras regiones como en Cuba es Changó). Su día es el miércoles.

5. En Venezuela:

En esta región ocurre un caso particular de sincretismo entre religiones africanas, precolombinas y el cristianismo. En efecto, escribe Angélica Pollak-Elks: “El culto a María Lionza, autóctono de Venezuela ha integrado elementos indígenas, africanos y cristianos en el curso de su formación, durante los últimos 60 años, absorbiendo creencias y prácticas tradicionales de los campesinos criollos en general. Estructuralmente se puede comparar con las antiguas religio-

nes de África occidental. Es esencialmente utilitario. En las últimas décadas, ha padecido muchas influencias de la santería cubana y así ha sido “re-africanizado” con respecto a los ritos mágicos y la veneración de las “Siete Potencias Africanas”, las siete divinidades más importantes del panteón Yoruba de Nigeria, sincretizadas con santos católicos después de su traslado a Cuba en el siglo pasado”. Es importante decir que el culto a María Lionza es originalmente indígena, sin embargo, es adorada como Santa María Lionza -identificándola con la Virgen María- y sus ritos son estrictamente africanos.

6. En Panamá:

Como en Venezuela, en Panamá ocurre un caso singular de sincretismo religioso poco común en territorio americano. En Portobelo, al sur de Ciudad de Panamá, un Cristo negro es el patrono de la población y se le conoce como el Negrito Lindo. Es un crucificado de raza negra y sus ritos y festividades son esencialmente africanos. La Iglesia de San Felipe, en Portobelo, se convierte en un centro de peregrinación de fieles procedentes de todo el Caribe cada 21 de octubre. En nuestro medio circula una canción de un cantante de la isla de Puerto Rico, Ismael Rivera, que se reconoce como un seguidor del Negrito Lindo, de nombre El Nazareno y en ella se canta una y otra vez “El Negrito Lindo de Portobelo, Panamá”, a aquel que tiene “La cara más bella y pura”.

7. En Surinam (Guayana holandesa):

Los cimarrones brasileños o esclavos escapados de plantaciones o minas, que vivían en Quiombos (Palenques) no adoraban (y hoy no lo hacen sus descendientes) el panteón oricha, sino que su religión gira alrededor de los poderes mágicos (óbias) de los espíritus de la naturaleza y los individuos extraordinarios que ellos identificaron con las Ánimas del Purgatorio.

Ahora bien, cuando los santeros y las diversas comunidades de alta influencia cultural africa-

na hacen estas vinculaciones entre religiones africanas, precolombinas y el cristianismo, adoran tales divinidades compartiendo sus atributos y una misma deidad recibe ambos nombres: el cristiano, el africano y algunas veces nombres indígenas o sencillamente el sincretismo es único como en el caso de Venezuela y Panamá citados más arriba. Además, vale la pena mencionar que dichas vinculaciones la mayoría de las veces depende del lugar donde se practique, esto es, que esas identificaciones no son generales para toda América, existiendo manifestaciones locales dadas por el condicionamiento religioso del esclavo negro extraído de una determinada región africana, más la pertenencia como esclavo a distintos tipos de europeos porque hay que tener en cuenta que no podemos hablar de una tipología del europeo, porque entre ellos mismos hay diferencias culturales: así, no es lo mismo, culturalmente hablando, un español, un francés, un inglés o un holandés. A esto se le agrega que es en los inicios del siglo XVI (en los mismos instantes en que la conquista europea está en todo su furor) cuando Europa queda dividida por cuestiones religiosas, más precisamente, por la reforma luterana.

En tiempos de la esclavitud para los negros esclavos era muy importante creer en el más allá, en los antepasados y en sus poderosos dioses. Esta situación perduró en los siglos XIX y XX pero en menor intensidad, por lo cual las religiones africanas tienden a desaparecer, sin embargo, todavía se pueden señalar algunas manifestaciones religiosas importantes como la concepción de la vida y la muerte. La creencia en el más allá es una constante que mantienen casi todas las religiones del mundo pero en uno y otro sitio con matices distintos. Las tribus africanas que alimentaron las entrañas de América dieron hombres cuya creencia principal fue que todo aquel que naciera tendría la posibilidad de ser eterno al lado de los Ancestros creadores del universo. El tránsito a la inmortalidad, el derecho a serlo, se da en el momento en que el ser humano muere. Vivir para siempre significa concesiones como vagar por este mundo -como

las ánimas o vivir al lado de los Ancestros para proteger a todos los descendientes de la familia. Por eso el muerto no se llora: cuando alguien muere, hay fiesta. La muerte se celebra. Hasta nuestros días han llegado costumbres de este tipo. En Brasil, por ejemplo, es común que una muerte se celebre: con el muerto se habla y se bebe durante la noche del velorio (este evento está ricamente descrito y recreado por el escritor brasileño Jorge Amado en su cuento *La muerte y la muerte de Quincas Berrido Dagua*). En algunas regiones de Colombia, específicamente en el Chocó persiste esta tradición: alguien muere y el féretro y el muerto son puestos en posición vertical o simplemente sientan el difunto en un rincón de una habitación, y los dolientes y amigos bailan, cantan y se emborrachan alrededor (y se supone con...) del cadáver. Los más ancianos, preferencialmente mujeres, ejecutan antiguas canciones melancólicas hasta el amanecer llamadas Alabaos, que son himnos fúnebres en un dialecto mezcla de un idioma africano y español, acompañados de tambores congos. Esta costumbre no es única en el Chocó. Se extiende a la mayoría de las comunidades negras americanas o allí donde haya influencia de ellas. Haciendo referencia a los negros de la costa norte colombiana, Zapata Olivella escribe en su CHANGO: "Como sabía que no estaba muerta, clavó sin mayor pena la caja con el pesado martillo de mi padre". Este trozo es sacado de un pasaje que se refiere a la forma en que el negro concibe la muerte -morir no es estar muerto, es prolongar la vida-. De la misma manera refiriéndose a los negros de Palenque de San Basilio cerca a Cartagena de Indias, Nina S. de Friedemann afirma: "Según las propias palabras de uno de los miembros... el canto y el BAILE E MUETO ayudan al difunto a irse de este mundo tranquilo y contento..." También en Palenque de San Basilio, Nina logró transcribir algunos cantos fúnebres congos interpretados por las abuelas:

Eee calunga lunga	Arió negro congo
manquisé	chimbumbé
Yatongo	Bariba Usebia...

Borori yamba	María muchacha
Cocorokió	Chi ma ri luango
causa moné	

Todavía hoy en el negro se siente el deseo de mantener el mundo maravilloso de los tiempos primordiales a través de la danza, la música, el canto y el toque de tambores. Pero no deja de notarse una insuficiencia del presente y una lucha por tratar de retener o salvar la extraordinaria experiencia religiosa del pasado. Si bien la tradición africana se está perdiendo por aquello de que los ancianos mueren y con ellos la tradición y la sabiduría, a medida que pasa el tiempo hay menos elementos tradicionales primigenios en los cultos de las religiones afro-americanas "por pérdidas o rupturas irreversibles con las raíces africanas" como dice J.J. Carvalho. Así, por ejemplo, el culto santero no existió durante la esclavitud sino que se impuso en el siglo XIX cuando los esclavos negros fueron libres y pudieron desatar su imaginación dormida por el sometimiento y se vieron más mezclados culturalmente hablando con europeos e indígenas. De esta manera, J.J. Carvalho señala que "el punto que tiene más importancia en la historia de Changó en Recife (Pernambuco) tal como fue expresado por muchos participantes, es que empezó en los últimos 25 años del siglo XIX, exactamente en la época de la abolición de la esclavitud... como si la esclavitud negra nunca hubiera existido en Brasil". Al menos hay una constante: los rituales santeros tienen que ver con la región específica a la que pertenecen. Como ya se ha dicho, la religión de los orichas es de finales del siglo XIX, pero hay que aclarar que se comenzó a practicar en su mayoría por negros descendientes de africanos que no tenían muy clara la cuestión de sus raíces africanas y en menor número por esclavos africanos obligados a abandonar sus creencias religiosas y a su vez obligados a cristianizarse (lo que implicó que aquellos negros para evitar ser castigados por sus amos rezaran a sus propios dioses bajo la figura de las divinidades cristianas, lo que a su vez implicó, en última instancia, que resultaran identificando sus dioses y

sus prácticas rituales con el mundo divino cristiano). Se podría decir, entonces, que en un lento proceso de des-religionización, los dioses africanos se quedan en África y sus vivencias religiosas y cultos llegan en escasos destellos de tradiciones ya olvidadas a América. Así pues, Changó, Babalú-Ayé, Yemayá, Obatalá y los otros mencionados, increíblemente, hoy no son adorados en África pero sí en muchas regiones americanas. Fenómeno particular en la historia de la religión: la mayoría de la población africana actual es musulmana o cristiana.

En Venezuela, para la mayoría de los negros, África ya no tiene ningún significado. En Colombia se pueden demostrar fuertes influencias de las religiones del centro y sur de este continente, pero en general no se practican y las historias culturales negras no tienen ningún significado por la ideología que la mayoría de los colombianos sostiene. Ideología que tiene que ver con el pensamiento centralista y único que ha mantenido una forma de pensar estereotipada y obsoleta, lo que significa ignorar formas culturales que han construido nuestro presente y por ende no reconocer al otro, la diferencia. De esta manera, la herencia que nos han dejado los intelectuales de la primera mitad del siglo XX habla por sí sola. Miguel Antonio Caro a principios de este siglo, afirma el profesor Hernán Mejía Velásquez, “remarcó la herencia hispánica y abogó por su seguimiento y cumplimiento”. Para el médico liberal antioqueño Luis López de Mesa, citado por Aline Helg, “el negro es un niño grande. Voluptuoso, le gustan la música, el baile y la risa. Desprovisto de pasado se integró al medio latinoamericano adoptando su idioma y su religión, que mezcla con magia y supersticiones. Es vanidoso, pero también curioso, fiel y buen compañero. Su mestizaje con el blanco le permite transformar su vanidad en orgullo y su fantasía desordenada en imaginación, en actividad y en espíritu empresarial” y, continúa López de Mesa, son “de una inteligencia que no alcanza la altura de las grandes síntesis y de la invención” y remata diciendo que “es preciso tener vigilancia frente al hecho de que la

sangre negra resiste mejor en el mestizaje y en el trópico que la sangre blanca: hoy sube, lenta e indetenible, la sangre africana por las venas de nuestros ríos hacia las venas de nuestra raza, lo que sólo puede tener efectos negativos sobre el grado de civilización de Colombia”. El conservador Laureano Gómez, también citado por Aline Helg, afirmó en un texto de 1928 de nombre **INTERROGANTES SOBRE EL PROGRESO DE COLOMBIA** que “el país está ubicado en la zona ecuatorial del mundo, donde nunca florecieron grandes civilizaciones humanas. Es una zona que incita a los hombres al terror, a la inercia cultural, a la mentira, a la lubricidad y que no produce nada útil para el hombre. Entre las razas que la pueblan, no se puede esperar nada de los negros ni de los indios, que son elementos salvajes y bárbaros; nada tampoco de los híbridos, que son los mulatos y los zambos; muy poco de los mestizos que cargan estigmas de completa inferioridad”. Así pues, no es raro que el gobierno colombiano tomara medidas para arreglar el asunto de la mezcla racial: según la señora Helg, la ley 114 de 1922, “sobre inmigración y colonias agrícolas, en su artículo 1o. dice: “Con el fin de propender al desarrollo económico e intelectual del país y al mejoramiento de sus condiciones étnicas, tanto físicas como morales, el Poder Ejecutivo fomentará la inmigración de individuos y de familias que por sus condiciones personales y raciales no puedan o no deban ser motivo de precauciones respecto del orden social o del fin que acaba de indicarse, y que vengán con el objetivo de laborar la tierra, establecer nuevas industrias o mejorar las existentes, introducir y enseñar las ciencias y las artes y, en general, que sean elementos de civilización y progreso”. El artículo 11 precisa: “Queda prohibida la entrada al país de elementos que por sus condiciones étnicas, orgánicas o sociales sean inconvenientes para la nacionalidad y para el mejor desarrollo de la raza.” Los comentarios sobran. Creo que ahora podemos comprender mejor cómo muchos habitantes del interior de nuestro país señalarían como escandalosa la forma en que en el Pacífico o allí donde hayan comunidades negras se celebra la vida y la muer-

te, cuando lo que tendríamos que hacer es reconocer una forma de ver el mundo distinta a la nuestra, una manifestación cultural que tiene su génesis, su historia y su pasado.

Al pensamiento contemporáneo se le hace difícil abordar un fenómeno como la esclavitud de la raza negra en América y sus consecuencias culturales. El esclavo hace parte de la leyenda, de la literatura o de las posibles investigaciones de algunos individuos preocupados por un hecho que fue esencial en la conformación de la sociedad americana actual. El esclavo y sus descendientes subsisten en la imaginación. Ante los escolares y auditorios desprevenidos parece una narración fantástica, pues la primera impresión es pensar cómo es posible que un ser humano traficara con la carne de otro ser humano. Los esclavos africanos y sus descendientes los esclavos americanos de los siglos XVI, XVII, XVIII y gran parte del XIX son imaginación, fantasía, literatura pura. Sólo son sombras, seres sin rostro como los personajes de Rulfo. La esclavitud de los negros durante la conquista y la colonia fue precisamente un cuento de terror al que nos acercamos con cierto sentimiento de compasión y a veces de desdén. Sostiene Naipaul que “en las crónicas el esclavo es un ente que no tiene ni voz ni rostro, ni siquiera un nombre. Carece de historia”. Nuestra tarea es, entonces, hacer esa historia, construirla. El esclavo negro como objeto difuso es lo que hay que rescatar de la bruma del olvido impuesta por las historias oficiales y el afán de “blanquear” nuestro continente. Porque, aunque aparentemente no tenga historia oficial, sí tiene otro tipo de historia que es mostrada, precisamente, por la tradición que los negros han mantenido a pesar de la esclavitud y las persecuciones de los gobiernos independientes americanos. Hoy tenemos los frutos sembrados por generaciones: la tradición oral de los cuenteros y las cuenteras, la música, el baile, el sentimiento que raya en la amargura y la alegría, entre el llanto y la risa. ❁

BIBLIOGRAFÍA

- ARCINIEGAS, Germán. América en Europa. Bogotá : Plaza y Janes, 1977.
- El revés de la historia. Bogotá : Plaza y Janés, 1980.
- CARPENTIER, Alejo. Concierto barroco. Madrid : Siglo XXI Editores, 1983.
- DE CARVALHO, José Jorge. La fuerza de la nostalgia. El concepto de tiempo histórico en los cultos afro-brasileros tradicionales. En: Revista Montalban. Caracas. No. 20. 1988.
- DE FRIEDEMANN, Nina S. Lengua y sociedad en el Palenque de San Basilio. Bogotá : Instituto Caro y Cuervo, 1988.
- HELG, Aline. Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina. En: Estudios sociales. Medellín. No. 4. Editada por Faes, 1989.
- NAIPAUL, V.S. La pérdida de El Dorado. Caracas : Arte, 1970.
- POLLAK-ELKS, Angélica. Presencia e invisibilidad del negro en Venezuela. En: Montalban. Caracas. No. 20. 1988.
- ZAPATA OLIVELLA, Manuel. Etnografía colombiana. Bogotá : Publicaciones Interamericanas, 1984.
- CHAMBACÚ, Corral de negros. Medellín : Bedout, 1975.
- CHANGO, El gran putas. Bogotá : Oveja Negra, 1983.
- MEJÍA VELÁSQUEZ, Hernán. La educación y el proyecto humano a través de la historia. Documento del Departamento de Formación Humanista UPB Medellín.